

HECHOS Y VIDA

Víctor Meza

Era el año 1974. Regresaba yo de un lugar muy lejano, Najodka (tesoro, en ruso), un puerto ubicado frente a los mares orientales de China y Japón, cercano a la ciudad famosa de Vladivostok, en el lejano oriente ruso. Había asistido a un evento internacional denominado: “Reunión de jóvenes investigadores de la Cuenca del Pacífico” (¡vaya título!). El evento duró tres días y fueron momentos, en verdad, inolvidables. Volví a Moscú, luego de innumerables e insufribles horas de vuelo (siete, en realidad) en los viejos aviones de la compañía aérea soviética Aeroflot. Las autoridades soviéticas, con las cuales ya mi relación y estima eran demasiado conflictivas, me “concedieron” 48 horas para abandonar el país y marcharme al odiado y manifiestamente hostil “occidente”. Volé a Ginebra, para luego tomar un vuelo adicional hacia Panamá y, después, a Honduras. Así comenzó esta historia.

En el vuelo Moscú-Ginebra quedé sentado al lado de dos diplomáticos rusos que participaban en Ginebra en las negociaciones sobre los pactos nucleares con Estados Unidos. Ignorantes de mi dominio del idioma ruso, me invitaron a una copa, hablando en inglés. Conversamos y, muy pronto, el diálogo fue entre ellos dos, mientras yo, extranjero extraño, quedé al margen.

Hablaron y hablaron...quizá más de la cuenta y más de sus propios compañeros. Escuché, sin quererlo, toda su conversación. Al llegar a Ginebra, nos despedimos cordialmente y, aunque no lo crean, olvidé o traté de olvidar el asunto. Pero no fue posible.

Dos días después, al salir de la oficina de mi ex compañera de estudios, hija de un canciller africano, me volví a encontrar con los

dos diplomáticos soviéticos en el ascensor del edificio de la ONU. Nos saludamos en inglés y bajamos en silencio hacia el primer piso. Al salir, no sé por qué, tuve la incontenible tentación de decirles “adiós” en ruso. Se dice “Da svidania”, una fórmula dulce y amistosa de decir adiós a una persona. Todavía no se por qué lo hice. Voltearon a verme, entre asombrados y asustados, mientras yo no acababa de ver cómo me escabullía y alejaba de aquel escenario peligroso. Había sido una provocación imperdonable.

Con la ayuda de unos viejos colaboradores nicaragüenses en Suiza, los hermanos Vargas, apodados en el mundo de la clandestinidad sandinista como “los Pasha”, pude quedarme en Ginebra por unos días, los suficientes para preparar mi retorno a Centroamérica. El viaje estaba programado para mediados de septiembre y, en efecto, viajé el día 15 hacia Panamá. Luego debí volar a Tegucigalpa, pero el día 18 se cerró el aeropuerto y fui, por suerte, el último pasajero que aterricé en Toncontín.

Así comienza otra historia.